

PREGÓN DE SEMANA SANTA. ARCHENA 2010

Reverendos señores Cura Párroco y Coadjutor de San Bautista, Señor Cura Párroco del Corpus Christi – La Purísima, Señor Presidente del Cabildo de Cofradías y señores Cofrades. Señor Alcalde y Concejales del Ayuntamiento de éste mi pueblo. Autoridades y amigos todos. Paz en el Señor.

No es del todo verdad que el tiempo hace que nos olvidemos de las personas. Vosotros me habéis demostrado que no os habéis olvidado del Cura viejo, y hasta tenéis la deferencia de invitarle para que sea el pregonero de este año. Gracias por ello, muchas gracias.

La finalidad del pregonero es anunciar públicamente alguna noticia o acontecimiento. Este pregonero tiene que anunciar que el pueblo entero se está preparando para implicarse en la celebración de uno de los acontecimientos más populares.

Las arcas y los cofres se abren para sacar, y poner a punto, los trajes y las túnicas que han de lucir tanto las imágenes como los nazarenos y los armaos.

Las bandas de tambores y cornetas hace semanas que se afanan ensayando las piezas que van a ejecutar durante los desfiles... es que Archena ya huele a Semana Santa.

Los grupos que forman las Hermandades y Cofradías le quitan horas al descanso procurando que todo esté a la perfección, si es posible mejorar lo del año pasado, y si es posible también sorprender a los demás grupos.

Comenzamos en el pórtico de la Semana Santa con la procesión del Domingo de Ramos. Será la única que no tiene imágenes. El Sacerdote que va a la cabeza representará a Cristo que hace su entrada triunfal a Jerusalén.

Nos uniremos al pueblo hebreo que, jubiloso, celebra la llegada del Mesías, tantos siglos anunciado y tantos siglos esperado.

Con ellos cantaremos: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Estaremos alegres porque ya tenemos entre nosotros al Salvador de la humanidad. Hosanna, bendito sea.

En los tiempos de Jesús había algunos resentidos y amargados, igual que los hay ahora, que les molestaban aquellas manifestaciones de afecto hacia la persona del que aclamaban como Mesías, y pedían que se silenciara al pueblo creyente. El Señor quería todo lo contrario: era su deseo que todos supieran que el Mesías que esperaban ya había llegado y, con él, el tiempo de la liberación y redención; es por lo que a estos resentidos les dice: “Si estos callan, gritarán las piedras”.

Una cruz, sin imagen, encabeza los desfiles de la Semana Santa archenera. Sería curioso saber el motivo de idear, para la procesión, un trono solamente con la cruz.

Podemos pensar, en buena lógica, que quizás lo que quisieron transmitir es:

-- que la cruz es el mejor árbol que ha dado el mejor fruto, que es Cristo; así decimos en los oficios de Viernes Santo.

-- que la cruz es el único bagaje que hemos de llevar para seguir a Cristo: “Toma tu cruz y sígueme”, nos dice

-- que con la cruz, y desde la cruz, ha conseguido el perdón para la humanidad caída

-- que la cruz es la luz que ilumina nuestras vidas

-- que la cruz es signo de esperanza y de victoria.

Si esto llegaron a pensar, al sacar a la calle una cruz sin imagen, bien sabían lo que se hacían nuestros mayores.

Esta misteriosa cruz no tiene imagen, pero tiene un profundo contenido.

Cuando Jesús reunió a los que habían de ser sus discípulos, empezó a predicar el Evangelio por todos los rincones de Palestina.

En una de las etapas llegaron a la ciudad de Samaria llamada Sicar, donde se encontraba el pozo que Jacob diera a su hijo José. El Señor, fatigado y sediento, se sentó a descansar junto a ese pozo, y en esto llegó una mujer a buscar agua.

Señala el evangelista que los judíos y los samaritanos no tenían trato alguno; pero el Señor, que no es dado a hacer distinciones, provocó un diálogo con aquella mujer, que fue muy provechoso.

Si conocieras el don de Dios, le dice, tú me pedirías a mí un agua con la que apagarías tu sed y ya no tendrías necesidad de más; porque el que bebe del agua que yo le doy, brota en él como una fuente que le lleva a la vida eterna.

La mujer, cuyo nombre no conocemos, muy intrigada le dice: “Señor, dame de esa agua para que ya no tenga más sed”.

Del diálogo que ambos tuvieron, mientras los discípulos habían ido de compras, se despertó en ella el deseo de vivir la fe de Cristo, de tal manera que se convirtió en una auténtica discípula.

A sus paisanos les hablaba del ánimo y la paz que comunica el Nazareno cuando se dialoga con él.

La fe la vivía de tal manera que, dice el Evangelio, muchos creyeron en Jesús por las palabras y el testimonio que daba esta conversa.

Esta mujer fue al pozo a buscar algo material, aunque necesario, y acertó con interrumpir su trabajo para dedicarle un tiempo al Señor.

Quizás podríamos tomar nota y dedicar cada día unos minutos para el diálogo con Jesús, a costa de suspender nuestras actividades a veces demasiado materializadas. Seguro que saldríamos beneficiados como la interlocutora de este caso.

A partir del episodio en el pozo de Jacob, el Señor continúa predicando la conversión de los pecadores y ofreciendo el Evangelio a todos.

Ha curado enfermos, ha consolado a los marginados, ha perdonado los pecados, ha convertido a muchos... ha pasado haciendo el bien.

Pero ha llegado el fin de sus días, como hombre, y ha de volver al Padre, de donde salió. Y tiene la lucha interna de partir, al tiempo que no quiere dejar huérfanos a los suyos.

Ya les había prometido: “Estaré con vosotros hasta el fin de los siglos”. En la Cena Pascual, cena de despedida, aprovecha para obrar el milagro de permanencia entre nosotros, misterio que supera todo conocimiento humano.

Para ello después de la Cena tomó el pan y se lo dio diciendo: “Tomad y comed, esto es mi Cuerpo”. Así mismo tomó la copa con el vino y dice: “Tomad y bebed, esta es mi Sangre”. “Haced esto en memoria mía”.

La Iglesia, siguiendo este mandato del Señor, lo hace reafirmando: “ESTE ES EL SACRAMENTO DE NUESTRA FE”. Entre los creyentes, esto es lo más sagrado que tenemos.

Durante la Cuaresma y en Semana Santa hacemos muchas cosas, e importantes, para conmemorar la pasión y muerte del Señor, pero en la celebración de la Santa Misa ANUNCIAMOS SU MUERTE Y PROCLAMAMOS SU RESURECCIÓN.

Esto vivirlo, vivirlo amigos, celebrando los oficios de la Cena del Señor aquí en el templo el día de Jueves Santo.

La presencia de Cristo se perpetúa entre nosotros porque generosamente nos hace este regalo de amor. Dios, todo un Dios, se pone en manos y a merced de unos hombres llenos de imperfecciones y miserias.

Este cuadro de despedida lo contempla el Señor lavando los pies a los discípulos, incluso al traidor. Aquí, haciendo una tarea propia de los esclavos, les presta un servicio al tiempo que les recuerda: “Lo que yo he hecho, hacedlo también vosotros”.

Durante la Cena el Señor ha profetizado que uno de ellos le va a traicionar y le entregará a los judíos.

De sobremesa ha habido mucha tensión. Le han formulado preguntas y más preguntas acerca de su muerte. Al final ha hecho la oración de la unidad y ha rogado para que todos seamos uno en el amor. Han sido demasiadas emociones contenidas, está cansado y necesita sosiego.

Decide, por necesidad, retirarse a hacer oración y poner en las manos del Padre todos los acontecimientos que se le avecinan.

Bajan al huerto de los olivos donde empieza a orar y a sollozar mientras sus discípulos, un tanto apartados, se quedan dormidos.

Mi alma está triste y estoy a punto de morir, dice. “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres”. E insiste: “si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad”.

Puntualiza el Evangelio que en este trance se anticipó su agonía, porque comenzó a sudar sangre.

Terminada su oración, se acerca a los que estaban dormidos y les hace un cariñoso reproche: “No habéis podido rezar una hora

conmigo”. “Levantaos, vamos, ya está cerca el que me va a entregar”.

Judas Iscariote también fue elegido por Jesús, como los demás; formaba parte del grupo con el que comió el Cordero Pascual, pero interiormente estaba distanciado del Maestro porque no le ofrecía nada donde él pudiera alimentar su avaricia y deseo de tener y acaparar; por otra parte encontraba que el Maestro era muy exigente en la fe y los valores espirituales.

Su codicia le llevó a contactar con los sacerdotes y fariseos, que pusieron precio al Señor.

-- ¿Cuánto me dais por él y os lo entrego?

-- Pues ya que él enseña que hay que se el último, se valora en muy poco y se siente servidor de todos, vamos a ponerle el precio de un esclavo: ¿vale 30 monedas?

-- Trato hecho. Ya os diré el lugar y el modo de haceros la entrega.

Cuando Judas supo que Jesús fue a hacer oración al Huerto de los Olivos, pensó que ese sería el momento más oportuno y allí se presentó acompañado de un grupo armado con palos y espadas.

El traidor les había dicho: “Aquel a quien yo dé un beso, ese es, prendedlo”. Se acercó a Jesús, le besó y le dijo: “Salve, Maestro”.

El Señor, profundamente dolido, le dice: “Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?”.

El beso, signo de amistad, de amor y paz, fue utilizado hipócritamente para una repugnante traición.

El Señor profetizó la traición de Judas, y la profecía se cumplió. También en su momento predijo que todos se iban a escandalizar de él y le abandonarían. A este desagradable anuncio, Pedro reaccionó con prontitud y muy confiado dice:

-- Señor, aunque todos se escandalicen, yo no me voy a escandalizar.

-- Pedro, no seas presuntuoso, porque esta noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres.

-- Que no, Señor, yo no te negaré nunca aunque tenga que ir a la cárcel o morir contigo.

A Jesús lo apresaron y lo llevan ante el Sumo Sacerdote. Una criada de éste descubre que Pedro forma parte del grupo de Jesús de Nazaret. Pedro lo negó diciendo: “No entiendo de qué hablas”. De nuevo la criada le acusa y él, echando imprecaciones, repite que no es discípulo de Jesús. Cuando se da cuenta de que lo van a descubrir hace un solemne juramento: “Yo no conozco a ese hombre”.

El gallo canta y Pedro recuerda lo que Jesús le había advertido... El Evangelio puntualiza que Pedro lloró amargamente su pecado.

Amigos, ¿puede ser que en algunos momentos tengamos algo de ese Pedro? ¿Puede ser que, si el ambiente no nos favorece en esta sociedad que cada día va siendo hostil a nuestra fe, nos dé la

tentación de disimular nuestra condición de creyentes por temor a que nos señalen con el dedo? Es preciso que de vez en vez reflexionemos por si tuviéramos que llorar con el apóstol Pedro.

A Jesús, maniatado, lo llevan ante el Sumo Sacerdote que, junto con los escribas y con los ancianos, buscan un motivo para condenarlo a muerte. El Sumo Sacerdote le pregunta:

-- ¿Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo?

-- Sí, lo soy, responde.

Decir esto es una grave blasfemia; con esto ya tienen motivo para condenarlo a muerte. Aquí empiezan a insultarlo y a escupirle en la cara.

La ley no les permite condenarlo a muerte y es por lo que deciden llevarlo a Poncio Pilato, que tiene la potestad civil.

-- ¿Eres tú el Rey de los judíos?, le pregunta Pilato.

-- Sí, lo soy, responde; pero mi reino no es de este mundo.

Al decir que es rey, los acusadores instan a la gente y le dicen improperios y le gritan: ¡Fuera, fuera!

El procurador prosigue: ¿Luego tú eres rey?

-- Sí, soy Rey y he venido para dar testimonio de la verdad.

Pilato le hace un largo interrogatorio y al final no encuentra en él delito alguno, por lo que decide ponerlo en libertad a cambio de condenar a un bandido llamado Barrabás.

Los fariseos y el populacho no aceptan la propuesta. Los insultos y el griterío suben de tono: ¡Fuera, fuera, crucifícalo, caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Para calmar aquella masa enfurecida Pilato manda azotar al prisionero con los 40 golpes de flagelo que se daban a los que iban a crucificar y también a los esclavos rebeldes.

Para más sarcasmo, al que dice ser rey hay que ponerle atributos reales. Los soldados trenzan una corona de espinas, que le colocan en la cabeza; como signo de dominio y a modo de cetro real, una caña en las manos, y como manto real le ponen uno del color de la sangre que estaba derramando.

Pilato lo presentó en ese estado burlesco y dice al pueblo: “Aquí tenéis al hombre”. Pero el pueblo, los sacerdotes y los guardias gritaban con más fuerza: Crucifícalo, crucifícalo, fuera, fuera. Al ver que no se decidía a condenarlo a muerte, le amenazaron con denunciarlo al César. Al final Pilato se acobardó y le puso en sus manos para que lo crucificaran.

Lo cargaron con la cruz y lo llevan camino del Calvario, custodiado por los soldados.

El pueblo estaba acostumbrado a ver cómo los condenados pasaban cargados con la cruz hacia el lugar del suplicio. Pero en este caso hay más expectación para ver qué pasaba con aquel reo, que decían que había hecho milagros y también había dicho que, si destruían el Templo, él lo reconstruiría en tres días.

Por el camino siguen cayendo sobre sus espaldas los golpes de flagelo. El caminar de Jesús es a cada instante más penoso, y cae al suelo una, otra y otra vez. Se teme que no pueda llegar al

final y obligan a un hombre de Cirene a que ayude al condenado a llevar la cruz.

Cristo con la cruz lo tenemos presente en distintas circunstancias y en muchas situaciones. Lo tenemos en los pobres, los sin trabajo, los que están solos, los enfermos, los que no cuentan..., en definitiva, en todos los indigentes. Estos cristos están necesitados de algún cirineo que les ayude a llevar la cruz que la veda les ha deparado; pero la ayuda ha de ser con voluntad altruista y por amor, no tanto a la fuerza como lo hiciera el de Cirene.

Estos, amigos, no son ocurrencias del pregonero, es palabra del Señor, que así deja dicho: “Lo que hacéis con estos, lo hacéis conmigo.”

Los descreídos de la época, y también los de hoy, se hacen una pregunta que es obvia: ¿Dónde está el poder de este hombre que ya no tiene ni figura de eso?

El poder del Señor no lo pondrá de manifiesto para dominar circunstancias, ni tampoco para influir en lo que establece la sociedad, y mucho menos para satisfacer curiosidades.

Su poder es patente en lo mismo que estamos conmemorando estos días: en que por su infinita bondad ha venido para redimir a la humanidad caída.

Con su poder eleva nuestra condición humana a la categoría de hijos de Dios.

Con su poder nos da la gracia, si se lo pedimos, para superar las dificultades que la vida nos presenta, y que nosotros solos por nuestras propias fuerzas no podríamos.

Con su poder nos concede un don especial para amar y perdonar a nuestros semejantes.

Diremos, en definitiva, que su poder es distinto y superior al que nosotros concebimos en nuestra mente.

Entre el pueblo, que curiosamente contemplaba el macabro suceso, había un grupo de mujeres que se compadecían y lloraban al ver el estado en que se encontraba Jesús.

Él se olvida de su situación y, mirándolas con ternura, les dice: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, más bien llorad por vosotras y por vuestros hijos, lo que veis es consecuencia del pecado, ¿qué pasará con el que ofende a Dios?”

Entre la multitud, sólo una mujer se llena de valor y, pasando por encima de todo respeto humano, se acerca al Señor, seguramente para ofrecerle un brebaje que a modo de calmante se daba a los torturados para aliviarles el dolor, al tiempo que con un paño le enjugó el sudor y la suciedad de la cara.

La tradición sostiene que el Señor le premió su acción dejando su rostro grabado en el lienzo.

Y es que el rostro de Jesús siempre se queda grabado, no tanto en un paño, sino en el corazón de aquel que es compasivo y misericordioso con el prójimo.

A fuerza de fuerza ha llegado a la cima del monte Calvario. Sin miramientos y con brutalidad crucifican al Nazareno junto a dos malhechores que corrían la misma suerte que Él.

Uno de ellos le insultaba y maldecía, seguramente porque no hacía el milagro que él esperaba, “si eres tan poderoso sácanos de aquí”; el otro, en cambio, hace una confiada súplica:

-- Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

-- Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Jamás se hizo una promesa semejante a nadie, ni se concedió un perdón con tanta solemnidad.

Esa promesa la ha hecho Jesús a este hombre porque en él ha podido leer sinceridad y arrepentimiento. Seguramente que el Señor también quiere hacernos la misma promesa a nosotros, pero antes tendrá que leer lo mismo en nuestro corazón.

Al pie de la cruz hay dos testigos muy cualificados, a los que les recomienda su última voluntad antes de morir: su madre y el discípulo que ha seguido sus pasos hasta el final del drama.

Mujer, dice, tú eres fuerte y siempre has sabido aceptar la voluntad del Padre Dios. Ahora te pido que aceptes a Juan como hijo tuyo, él está representando al género humano, que yo estoy redimiendo; por tu parte, Juan, toma a esta mujer como madre, no la dejes, ella siempre intercederá por todos.

La contestación de María fue la misma que en otro tiempo dio al ángel del Señor allá en Nazaret: “Hágase en mí según tu palabra”.

Cristo en la cruz se agita cada vez más, su respirar es lento y profundo, los ojos se le oscurecen y la fiebre lo abrasa. Tengo sed, dice, y le ofrecen una esponja empapada en vinagre. Pero la sed no se le calma, porque la sed que tiene a punto de morir es sed de cristianos dispuestos a dar testimonio, continuando la labor que él ha comenzado.

Su agonía es más dolorosa porque en este momento crucial se ve abandonado de los suyos. Mirando al cielo exclama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” En un último suspiro musita: Padre, he cumplido tu voluntad. ¡Todo ha terminado!

La tierra tembló. Hubo señales y fenómenos en el Templo, en el cielo, en las tumbas. Son las señales de que el Señor ha muerto.

El centurión que custodiaba al reo dice conmovido y con fe: ¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!

Urge bajar el cadáver de la cruz para darle sepultura; el día siguiente es precepto y no está permitida ocupación alguna.

José de Arimatea, hombre pudiente y piadoso, se hace cargo de todos los trámites. Pide autorización a Pilato para retirar el cadáver y darle sepultura, compra una sábana nueva para el caso y pone a disposición un sepulcro a estrenar, que es de su propiedad.

Me gusta pensar que el cuerpo de Jesús, antes de posarlo en el sepulcro, lo dejaron descansar en el regazo de su madre, tal como estamos acostumbrados a verlo en la imaginería cristiana.

La Virgen limpia y acaricia aquel rostro desfigurado lleno de sangre; nada tiene que ver con aquel rostro rosa y jazmín que acariciaba allá en Belén.

Este cuadro, amigos, es fruto del pecado de la humanidad, de la que nosotros formamos parte. Es por lo que nos toca decir de corazón:

Padre, perdona nuestros pecados...

Madre, ruega por nosotros, pecadores,...

Al descendimiento de la cruz aquí le llamamos familiarmente “el desenclavamiento”, que viene a ser un cuasi auto sacramental, que se representa en la puerta de la Iglesia el día de Viernes Santo después de los oficios litúrgicos de la adoración de la cruz. Es una ceremonia popular, muy sencilla y emotiva, con una devota aceptación.

Se procede a quitarle al Cristo la corona de espinas que lleva en la cabeza; a continuación se extraen los clavos que sujetan las manos y los pies; todo se hace con exquisita delicadeza.

La imagen del crucificado se deposita, como un cuerpo yacente, en un trono conocido como “la cama”, que procesionará por la noche, y seguramente será el “cuadro” que más atrae la atención de todo el desfile. Los artífices del “desenclavamiento” son en exclusiva miembros de las familias Marín y Maricotos; actúan, hay que decirlo, con maestría y con venerable respeto, según heredaron de sus mayores.

También el sacerdote toma parte: le toca ambientar la representación con su palabra, que ayudará a comprender y a reflexionar.

La coprotagonista de este drama, la Virgen Santísima, la tenéis bajo distintas advocaciones, es la que presidirá las procesiones en su día y momento oportuno.

Dice el Evangelio que María guardaba en su corazón todo lo que el Niño hacía y todo lo que el Niño decía. Ahora seguramente rememoraba lo que un día profetizó Simeón: “Éste, dice el venerable anciano, está puesto para caída y elevación de muchos y será signo de contradicción... a ti una espada te atravesará el alma”. La profecía la ve cumplida y María ha podido experimentar cómo la espada del dolor le ha penetrado hasta lo más profundo.

Se despide Viernes Santo dando paso a un Sábado Santo silencioso. De la iglesia del Corpus Christi-La Purísima saldrá la procesión con una imagen de Cristo de nueva creación; va acompañada de aquellos que buscan el silencio y el recogimiento para hacer oración.

Esta venerada imagen es difícil catalogarla con las imágenes pasionarias: ya ha pasado la Pasión. Tampoco tiene demasiada entrada con el grupo de los “aleluyas”, puesto que la resurrección no se ha hecho manifiesta todavía.

Si me lo permiten los cofrades, al menos hoy, a este Cristo le llamaré el Cristo de la esperanza y la liberación.

Él es el que vive y tiene las llaves de la Muerte y del Hades, y con su poder descendió al lugar de los justos que esperaban la redención; así lo describe el Sagrado Libro.

Es el Cristo de la liberación porque libera a las almas que estaban cautivas y ansiaban la venida del Salvador. Y es el Cristo de la esperanza porque, desde siglos, los justos le esperaban en el seno de Abrahán.

La Iglesia nos enseña que Cristo descendió a los infiernos (no es el de los condenados). Nosotros lo repetiremos cada vez que hacemos profesión de fe rezando el Credo.

Buen acierto habéis tenido al recordar lo que parecía estar oculto, si no olvidado.

Acaban de desfilan por nuestra mente las imágenes que procesionáis.

Si aceptamos que una imagen vale más que mil palabras, vuestras imágenes superan en mucho a lo que este pregonero acaba de decir.

Conserváis las imágenes con mucho cariño, con ellas y para ellas trabajáis a lo largo de todo el año. Hacéis rifas, lotería, chiringuitos, etc. Es decir, que durante todo el año tenéis mucho contacto con ellas. Dejad que os “hablen” e identificáros con el papel que cada una tiene en el Evangelio:

-- quién podría identificarse con la mujer de Samaria que fue al pozo a buscar agua e interrumpió su tarea para dialogar con Jesús

-- quién podría hacer como el de Cirene que ayudó a Cristo a llevar el peso de la cruz

-- quién, en fin, podrá aprender a no tener respeto humano como hiciera la mujer que limpió el rostro de Jesús ante el asombro de todos.

Pero, sobre todo, tenemos que identificarnos con el Señor, de quien aprendemos a amar, a servir y a perdonar. Y de la Virgen Madre aprendemos a decir en cada acontecimiento de nuestra vida: Hágase tu voluntad.

De no ser así, lo digo cariñosamente, nos puede pasar como al confitero, que de tanto hacer dulces y tratar con lo dulce, está empachado y apenas lo prueba.

Termino, amigos, prometiéndoois mis oraciones por vosotros y por los vuestros; también para que el Señor os premie el esfuerzo que hacéis para dar la catequesis de Semana Santa. Seguro que con vuestro trabajo lleno de ilusión hacéis algún bien a los que asisten a ver vuestras procesiones.

Es mi deseo sincero que la Semana Santa de Archena sea como un foco de luz que estimule la fe, y que su categoría sea más porque sirve de acercamiento a Dios que por ser una atracción del turismo.

Ahora, con permiso, veniros conmigo con la mente y el corazón a ese rincón entrañable de El Carril, porque tenemos que celebrar el mayor acontecimiento que se ha dado en la historia de la humanidad.

Allí nos encontramos al amigo del Señor; viene jadeante y muy cansado de tanto correr para darnos la noticia. Él y Pedro han ido a primera hora al sepulcro y Jesús no está; sólo han visto unos lienzos y nada más.

A la mujer a quien mucho se le perdonó porque mucho amó la sorprendemos con un frasco de unguento que había preparado para embalsamar el cadáver. Toda afligida y llorosa dice: alguien se ha llevado el cuerpo del Señor. ¿Dónde le habéis puesto?

Ellos, como yo tantas veces, hemos buscado a Cristo donde nos ha parecido, y tantas veces, tantas veces, estábamos equivocados, porque le buscamos donde Cristo no está.

Está escrito que, después de resucitado, Cristo está en cada corazón que ama, Cristo está “donde dos o más se reúnen en su nombre”: allí está él. “Cuando tuve hambre y me disteis de comer”: allí está él. “Cuando estuve enfermo y me visitasteis”: allí se hace presente. “Esto es mi Cuerpo”: ahí le tenemos muy presente; “el que a vosotros escucha, a mí me escucha...” Esto dice el Señor, no el pregonero. Si seguimos al Sagrado Libro, descubriremos a Jesús en muchos lugares y de muchas formas.

Pero volvamos al Carril porque tenemos que preguntarle a María, su Madre: --¿Dónde encontraremos a Jesús? – Desde que

nació como hombre os lo ofrecí y os lo sigo ofreciendo. A Jesús lo encontraréis junto a mí o muy cerca de mí. De momento, mirad allí, y la Virgen nos muestra a un Cristo de mirada infinita con un rostro que contagia paz, esperanza y alegría.

Es Cristo que ha resucitado: alegraos y cantar. Es Cristo que ha vencido a la muerte; es Cristo que ha vencido al pecado; es Cristo que vive para darnos la vida. Aleluya, alegría, cantar, celebrarlo con vivas, aplausos, cohetes, música, y gritar con fuerza ¡aleluya!

María, a ti te lo debemos; un día, temblorosa pero confiada dijiste: “Hágase en mí según tu palabra” y lo concebiste para nosotros. ¡Gracias, Señora, gracias, Madre!

Cristóbal Guerrero Ros